Cautivo de los británicos

León Trotsky

Escrito en 1917

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "In British Captivity", en "Trotsky Internet Archive" (10/11/2026). Publicado por primera vez en *The Class Struggle* [Estados Unidos], volumen II, número 4, diciembre de 1918.)

Considero que, en estos momentos, es una cuestión de necesidad política publicar los documentos relacionados con mi encarcelamiento por parte de los británicos durante un mes. La prensa burguesa (la misma que ha estado difundiendo declaraciones difamatorias del peor estilo cien negros contra los emigrantes políticos que se vieron obligados a regresar a Rusia pasando por Alemania) pareció quedarse sorda y muda en el momento en que se enfrentó al ataque ilegal de Inglaterra contra los emigrantes rusos que regresaban a su patria a través del océano Atlántico. La servil prensa socialpatriótica (ahora ministerial) no actúa con mayor decencia, y esta prensa no tiene motivos urgentes para explicar las delicadas circunstancias por las que los flamantes ministros socialistas, que en estos momentos aún profesan un gran respeto hacia los emigrados, sus "maestros", son, de hecho, los aliados más cercanos e inmediatos de Lloyd George, quien agarra por el cuello a esos mismos "maestros" en la gran ruta del Atlántico. En este episodio tragicómico se revela con suficiente convicción la relación de la clase dominante inglesa con la revolución rusa, así como el significado general de la alianza sagrada al servicio de la cual se han puesto los ciudadanos Tsereteli, Chernov y Skobelev.

Por muchas afirmaciones que puedan hacer los grupos y partidos ministeriales de izquierda, los socialistas ministeriales son plenamente responsables del gobierno del que parecen formar parte. El gobierno de Lvov-Tereshchenko no está aliado con los socialistas revolucionarios ingleses (MacLean, Askew y otros), a quienes los imperialistas gobernantes de Inglaterra mantienen en prisión, sino con sus carceleros, Lloyd George y Henderson.

Pasé los dos primeros años de la guerra en Francia. Allí tuve la oportunidad de observar de cerca el experimento de los socialistas en el gobierno durante la época de la guerra "liberadora". Guesde y Sembat, por supuesto, justificaron sus actos alegando el carácter sin precedentes de las circunstancias que les obligaron a entrar en el gabinete de guerra: la patria estaba en peligro, los alemanes estaban a las puertas de París, la devastación generalizada, la necesidad de defender la república y las tradiciones de la revolución; en resumen, esgrimieron los mismos argumentos que ahora utilizan, de forma más ingenua, Tsereteli y Chernov para demostrar que su ministerialismo se distingue del de Guesde y Sembat como el cielo de la tierra.

Con la amable colaboración de los ministros "camaradas" franceses, fui expulsado de Francia por mi labor en el diario internacional ruso *Nache Slovo* (Nuestra Palabra) y por participar en el movimiento de "Zimmerwald". El gobierno suizo, obedeciendo la orden de los diplomáticos del zar, se negó a admitirme. Gendarmes franceses, que se habían vestido de civil (para mantener el honor de la república), me llevaron hasta la frontera española. Tres días después, el prefecto de París, Lorane, telegrafió a la policía de Madrid sobre el peligroso agitador que había cruzado la frontera española. A los guardianes españoles de la paz no se les ocurrió nada mejor que detenerme.

Tras liberarme, después de una interpelación parlamentaria desde su prisión "modelo" de Madrid, el gobierno español me escoltó hasta el extremo suroeste de la

península ibérica, Cádiz. Desde allí, las autoridades querían enviarme inmediatamente a La Habana y, tras amenazar con resistirme y la intervención de socialistas y republicanos españoles, fue cuando se me permitió partir con mi familia hacia Nueva York.

Tras una estancia de dos meses, nos llegó la noticia de la revolución rusa. Un grupo de exiliados rusos, entre los que me encontraba yo, autor de estas líneas, intentó partir hacia Rusia en el primer vapor. Pero los socialistas rusos proponen y Lloyd George dispone. En Halifax, los oficiales ingleses nos sacaron del barco y nos internaron en un campo de prisioneros de guerra. En cuanto a las circunstancias de esta detención y las condiciones de nuestro confinamiento, véase la carta dirigida al ministro ruso de asuntos exteriores, que se reproduce a continuación. Esta carta la escribí en un vapor danés tras mi liberación del cautiverio británico, destinándola al señor Milúkov. Pero el líder del Partido Cadete sucumbió bajo el peso de su lealtad a la Bolsa de Londres antes de que el tren finlandés nos llevara a Beloostrov. El señor Tereshchenko, junto con sus colegas, sin embargo, había asumido plenamente la herencia del señor Milúkov, del mismo modo que este último asumió en su totalidad la herencia de la diplomacia del zar. Por lo tanto, estoy plenamente justificado al dirigir al señor Tereshchenko la carta que estaba destinada al señor Milúkov.

El original de esta carta le fue remitido a través del Presidente del Consejo de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, H. S. Cheidze.

Quisiera decir unas palabras sobre los prisioneros de guerra alemanes con los que he pasado un mes. Eran 800: unos 500 marineros de buques de la Armada Alemana hundidos por los británicos; unos 200 obreros que fueron capturados en Canadá al estallar la guerra, y unos 100 oficiales y prisioneros civiles procedentes de círculos burgueses. Nuestras relaciones se definieron desde el primer día, o más bien, desde el momento en que la mayoría de los prisioneros de guerra se dieron cuenta de que estábamos detenidos por ser socialistas revolucionarios. Los oficiales y suboficiales de la Armada, que tenían alojamientos separados, nos vieron de inmediato como a sus odiados enemigos.

La tropa, sin embargo, nos rodeó con un estrecho círculo de simpatía. La vida en el campo durante ese mes se asemejó a una reunión continua. Hablamos a los prisioneros de la revolución rusa, de las causas de la ruptura de la Segunda Internacional, de las corrientes dentro del socialismo... Las relaciones entre la tropa democrática y los oficiales (algunos de los cuales vigilaban de cerca a sus marineros) se tornaron muy tensas. Los oficiales alemanes acabaron dirigiendo al comandante del campo, el coronel Morris, una queja contra nuestra propaganda antipatriótica. El coronel británico, por supuesto, se puso inmediatamente del lado del patriotismo de los Hohenzollern y me prohibió seguir haciendo apariciones públicas. Esto, sin embargo, ocurrió durante los últimos días de nuestra estancia en el campo e hizo que nuestras relaciones con los marineros y obreros alemanes fueran más íntimas; estos respondieron a la prohibición del coronel con una protesta que contaba con 530 firmas.

Cuando nos sacaban del campo, los prisioneros nos dieron una despedida que siempre permanecerá en nuestra memoria. Los oficiales y suboficiales, en general una minoría patriótica, se encerraron en sus cuarteles; pero “nuestros” internacionalistas se colocaron en dos filas a lo largo de todo el campo, la orquesta tocó la marcha socialista y se nos tendieron manos desde todos los lados... Uno de los prisioneros pronunció un discurso en el que expresó su alegría por la revolución rusa, lanzó una sincera maldición contra el gobierno alemán y nos pidió que transmitiéramos su saludo fraternal al proletariado ruso. Así fue como fraternizamos con los marineros alemanes en Amherst. Es cierto que en aquellos momentos aún no sabíamos que los propios zimmerwaldistas del príncipe Lvov, los Tseretelis y los Chernovs, consideraban que la fraternización contradecía los fundamentos del socialismo internacional. En esto coinciden con el

gobierno de los Hohenzollern, que también ha prohibido la fraternización, aunque con un razonamiento menos hipócrita.

Es superfluo decir que la prensa estadounidense y canadiense ha atribuido nuestro encarcelamiento al germanismo. Los periódicos sensacionalistas cadetes de nuestra propia patria han seguido, por supuesto, el mismo camino.

Esta acusación de pro-germanismo ya tuve ocasión de escucharla durante la guerra, y no era la primera vez. Cuando los chovinistas franceses se disponían a exiliarme de Francia, difundieron un rumor sobre mis tendencias proalemanas, pero la misma prensa francesa había informado antes a sus lectores de que en Alemania me habían condenado a prisión por el folleto alemán *Der Krieg und die Internationale*[1], que iba dirigido contra el imperialismo alemán y contra la política de la mayoría oficial de la socialdemocracia alemana. Publicado en Zúrich al comienzo de la guerra, este panfleto fue introducido de contrabando en Alemania por socialistas suizos y allí lo difundieron los mismos socialistas de la izquierda, los amigos de Liebknecht, a quienes la prensa sensacionalista alemana ha estado acosando como agentes del zar y de la Bolsa de Londres. En las denuncias que Milúkov y sus secuaces lanzaron contra nosotros no había nada de original. Eran traducciones literales del alemán. Sir Buchanan, el embajador inglés en Petrogrado, fue más allá. Afirmó directamente en su carta destinada a la prensa que regresábamos a Rusia con un plan subvencionado por el gobierno alemán para derrocar al Gobierno Provisional. En círculos "bien informados", según nos dicen, incluso se citó la cuantía de la subvención en cifras redondas: 10.000 marcos. Parece que el gobierno alemán debió de valorar en esta modesta suma la estabilidad del gobierno de Guchkov-Milúkov.

La diplomacia inglesa, en términos generales, no carece ni de prudencia ni de una cortesía superficial y decorosa. Pero la afirmación del embajador británico de que recibíamos subvenciones de Alemania carece obviamente de ambas cualidades; es a la vez poco caballeresca y estúpida. Esto se explica por el hecho de que los políticos y diplomáticos británicos poseen dos tipos de modales: uno para los "países civilizados" y otro para las colonias. Sir Buchanan, que fue el mejor amigo de la monarquía del zar y ahora se ha pasado al bando de los amigos de la república, se comporta en Rusia exactamente igual que en la India y en Egipto, y por lo tanto no considera necesario ser discreto. Los oficiales británicos consideran que tienen derecho a sacar a ciudadanos rusos de vapores neutrales y encarcelarlos en campos de prisioneros de guerra; el embajador británico cree que es posible lanzar difamaciones escandalosas contra revolucionarios rusos en activo. Ya es hora de poner fin a esto. Y el objetivo de este folleto es ayudar a acelerar el momento en que la Rusia democrática le diga al señor Buchanan y a sus amos: "Por favor, quiten los pies de la mesa".

⁂

Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la República Rusa

¡Señor![2]

Con esta carta tengo el honor de llamar su atención sobre un acto increíble de piratería, del que hemos sido víctimas tanto yo como mi familia y algunos amigos ciudadanos rusos, por parte de agentes del gobierno británico, aliado, por tanto y hasta donde se sabe, del gobierno que

[1] *La guerra y la Internacional*, en nuestras Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

[2] Tomada de "Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la República Rusa", en esta misma serie de nuestras EIS.

cuenta con usted como Ministro de Asuntos Exteriores. El 25 de marzo último, animado por la amnistía promulgada por su gobierno, me presenté en el Consulado General de Nueva York, en el que ya habían retirado el retrato de Nicolás II pero donde todavía reinaba una atmosfera de antiguo régimen. Tras las inevitables molestias, el Cónsul General decidió entregarme todas las visas para mi vuelta a Rusia. En el Consulado Inglés, en el que rellené todos los cuestionarios necesarios, se me aseguró que las autoridades británicas no pondrían ningún obstáculo a mi viaje. En presencia de un empleado telefoneé al Consulado Ruso, que me respondió que se habían cumplimentado todas las formalidades y que podía embarcarme sin temor.

El 27 de marzo partí con mi familia a bordo del navío noruego *Christianafjord*. En Halifax (Canadá), donde el barco se sometió a un control de las autoridades marítimas inglesas, los oficiales de policía, que examinaban formalmente los papeles de los viajeros norteamericanos, noruegos, daneses y otros, nos interrogaron a nosotros, ciudadanos rusos, en el más puro estilo de los gendarmes de nuestra patria: opiniones políticas, etc… De acuerdo con la buena tradición revolucionaria rehusé seguirles por esa vía: estaba dispuesto a darles cualquier precisión útil sobre mi persona, pero la política interna rusa no le concernía en absoluto a la policía marítima inglesa. Esto no impidió que los dos oficiales investigadores, Macken y Westwood, tras una segunda tentativa de interrogatorio, interrogasen a los otros pasajeros respecto a mí, en particular, Fondaminsk, y haciendo esto ambos policías insistían en el hecho de que yo era *a terrible socialist*, un terrible socialista. Esta investigación cogió un aspecto tan indecente, y ponía a los emigrados rusos en una posición tan excepcional en relación con los pasajeros que no tenían la desgracia de pertenecer a una nación aliada de Inglaterra, que algunos de nosotros consideramos nuestro deber dirigir, a través del capitán, una enérgica protesta a las autoridades inglesas sobre el comportamiento de los policías. Pero no habíamos previsto la continuación de los acontecimientos…

El 3 de abril, oficiales ingleses acompañados por marineros armados subieron a bordo del *Christianafjord* y, en nombre del almirante que mandaba el puesto, nos comunicaron a mi familia y a mí, así como a cinco pasajeros (Chudnosvsky, Melnichansky, Fichelev, Mujin y Romachenko), la orden de abandonar el barco. En cuanto a los motivos de esta exigencia se nos prometió "explicarnos" el incidente en Halifax.

Las autoridades inglesas no albergaban la menor duda sobre mi identidad y la de las personas que iban a retener. Se nos arrestaba por nuestra calidad de socialistas, auténticos o supuestos, es decir por ser oponentes a la guerra. Declaramos que la orden era ilegal y rehusamos abandonar el navío. Entonces los marineros armados, al grito de "shame" (¡es una vergüenza!), empujados por la mayoría de los pasajeros, nos arrastraron hasta una lancha que, bajo escolta de un crucero, nos llevó a Halifax. Cuando los marinos me agarraron, mi hijo mayor se lanzó sobre ellos al grito de "¿Tengo que pegarles, papa?". Solo tiene once años, señor ministro, y pienso que toda su vida recordará vivamente ciertas particularidades características de la democracia inglesa y de la alianza anglorusa. En Halifax, no solamente no es que no se nos "explicó nada" sino que se nos negó la autorización para entrevistarnos con el Cónsul de Rusia asegurándonos que él estaba justamente allí teníamos que ir. Esta declaración no era más que una mentira igual que las otras declaraciones de lo oficiales investigadores, que con su comportamiento y mentalidad podrían muy bien ser de antigua Ojrana. El tren nos llevó a Amherst donde se encuentra un campo de prisioneros de guerra alemanes. Se nos sometió a un cacheo tal como no lo había sufrido yo nunca, ni incluso en mi encarcelación en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Desnudar al preso y su examen corporal se hacía individualmente en la prisión del zar mientras que nuestros aliados democráticos la hacían en presencia de una decena de personas. Los "marranos" que habían tramado todo eso, sabían perfectamente que nosotros éramos socialistas rusos de vuelta a su patria liberada por la revolución. Solamente al día siguiente el coronel Morris nos comunicó oficialmente los motivos de nuestro arresto: "Sois peligrosos para el gobierno ruso actual". Le señalamos que agentes de ese gobierno nos habían entregado las visas indispensables para el viaje y que, además, ese gobierno era capaz de protegerse por sí mismo. El coronel Morris nos contestó que "éramos peligrosos para los Aliados en general". No se nos entregó ningún documento justificando nuestro arresto. Después, el coronel añadió, de su propia iniciativa, que siendo emigrados obligados a abandonar nuestra patria por buenos motivos no deberíamos asombrarnos de lo que nos pasaba. Para este hombre la revolución rusa no existía. Intentamos hacerle

comprender que los ministros zaristas que nos habían encarcelado estaban ahora tras los barrotes, pero esto era demasiado complicado para el entendimiento de este militar que había hecho su carrera en las colonias y en la guerra de los Boers. Para hacerse una idea justa de este digno representante de Gran Bretaña dominadora, es suficiente saber que tenía por costumbre decirles a los prisioneros insumisos o poco respetuosos "¡si tú llegas a caer en mis manos en la costa sudafricana!". Si se puede decir que el estilo es el hombre se tiene base para poder decir que el estilo es el sistema (el sistema colonial británico). El coronel Morris nos tenía por revoltosos contra las autoridades legales y, en consecuencia, era completamente normal que tuviésemos un campo de prisioneros de guerra a guisa de residencia.

El 5 de abril tratamos de telegrafiar al gobierno ruso. Nuestros telegramas no fueron transmitidos. Durante toda nuestra detención las autoridades de Halifax nos negaron el derecho a dirigirnos a los ministros rusos. Intentamos esquivar esas prohibiciones telegrafiando al Primer Ministro inglés. Ese telegrama tampoco fue transmitido. Tuvimos que acordarnos de nuevo de las prisiones zaristas en las que las reivindicaciones no eran bloqueadas por aquellos mismos a quienes iban dirigidas. Todo lo que se nos permitió fue ponernos en contacto telegráficamente con el cónsul ruso en Montreal, Señor Lijachev. Nos respondió que había advertido al embajador en Londres y que hacía todo lo que podía. Nuestros ulteriores intentos para ponernos en comunicación con el cónsul general también fueron infructuosos. Las autoridades anglocanadienses tomaban todas las medidas para evitar nuestra comunicación con el gobierno ruso y sus agentes. Más aún: cuando el comandante del campo me permitió una entrevista con mi mujer, puso condiciones increíbles: no debía transmitirle ningún mensaje para el consulado. Rechacé la entrevista. Esto pasaba ya dos días después del embarque. ¿Qué hacía Lijachev? ¡Ni idea! Todo lo que puedo decir es que no vino a vernos para darse cuenta en persona de cómo trataban a los ciudadanos rusos las autoridades inglesas.

El campo militar de Amherst estaba establecido en una fundición sucia y abandonada al máximo. Los camastros se amontonaban en tres hileras y dos en profundidad en cada lado. Ochocientos hombres padecían esas condiciones de vida.

¡Usted Señor Ministro puede hacerse una idea de qué atmosfera reinaba en esas habitaciones durante la noche! A pesar de los esfuerzos de los internos, esfuerzos heroicos e incesantes para conservarse física y moralmente, había allí cinco dementes. Dormíamos y comíamos en compañía de esos cinco dementes, ¡Señor Ministro! Está fuera de toda duda que si el cónsul hubiese hecho el mínimo esfuerzo habría logrado condiciones de existencia menos repugnantes.

Pero los cónsules rusos han sido educados en el profundo desprecio hacia la dignidad de los ciudadanos rusos de la clase no dirigente y en el odio hacia los emigrados políticos. Han borrado de sus sobres el nombre "imperial" y con ello consideran que han cumplido con su deber hacia la revolución. Ignoro en qué momento decidieron los ingleses ponernos en libertad. En cualquier caso, se nos retuvo todavía diez días más, después de los cuales el capitán Macken, que se encargaba de nuestro asunto, le declaró a mi mujer que éramos "libres", pero que teníamos que esperar la llegada de un navío que se nos había asignado. El coronel Morris, el mismo que había hecho su carrera en la guerra angloboer y en el aplastamiento de las revueltas hindúes, nos habló hasta el último momento, el 29 de abril, como si fuéramos criminales convictos. Ni nos advirtió de nuestra liberación ni de nuestro destino. Se nos "ordenó" simplemente recoger nuestras cosas e ir, bajo escolta, a Halifax. Preguntamos ¿dónde y por qué? Ninguna respuesta. ¡Reconocerá usted, señor ministro, que teníamos buenos motivos para no fiarnos de las buenas intenciones de estos señores! Declaramos categóricamente que no nos moveríamos voluntariamente sin saber dónde debíamos ir. Los soldados se llevaron nuestras maletas. Solamente cuando se vieron frente a la necesidad de transportarnos, como lo habían hecho durante nuestro arresto, el comandante del campo hizo llamar a uno de nosotros a la oficina y le declaró con su tono anglo-africano que debíamos embarcar en un vapor danés. Se dará cuenta usted, señor ministro, de cómo nos liberaron nuestros aliados tras un mes de detención en un campo de prisioneros de guerra.

Admitiendo que Inglaterra nos haya arrestado en tanto que emigrados políticos (esa turba de refugiados políticos, según la expresión del coronel Morris), entre nosotros había quién no llevaba la marca del "crimen" en su rostro. Constantino Romachenko había viajado a Nueva York con los papeles perfectamente en regla. No se dedicó a ninguna propaganda, y no pertenecía a

ningún partido. Volvía a Rusia con un pasaporte zarista. Lo que no les impidió a los ingleses retenerlo un mes completo sobre la base de una denuncia mentirosa o, simplemente, un error. Los nombres rusos no les son familiares a los funcionarios ingleses y esos señores no ven la necesidad de molestarse con ciudadanos rusos.

Este último rasgo queda al descubierto por el comportamiento de los ingleses con mi familia. A pesar del hecho que mi mujer no era emigrada política, que tenía un pasaporte perfectamente en regla, que no visitaba el extranjero para hacer agitación política, fue arrestada con sus dos hijos de once y nueve años. ¡Este arresto de mis dos hijos no es retórica, señor ministro! En primer lugar se intentó separar a los hijos de su madre. Sólo después de una enérgica protesta de mi mujer se les devolvió y los tres fueron alojados en la casa de un agente de policía angloruso que, por miedo a algún "recado" ilegal, no dejó salir a los niños sin vigilancia. Hasta pasados once días mi familia no recibió autorización para alojarse en el hotel con la obligación de presentarse cada día en la comisaria. Se les procuró un pasaje en el vapor danés *Helig Olaf*, sin preocuparse en saber si la travesía era peligrosa (esto pasaba poco después de la declaración de hostilidades entre los EEUU y Alemania). El capitán Macken y su almirante se preocuparon muy poco de nuestra suerte y de nuestro acuerdo tras haber sido obligados a salir de la base "aliada". A mis preguntas sobre los motivos de tal acto de piratería contra mi persona, el capitán Macken me respondió con desenvoltura que él sólo era un ejecutor, que las órdenes venían de Londres y que, después de todo, le daba demasiada importancia a este asunto: "Actualmente, cuando países enteros son aplastados, cuando Bélgica… etc, etc." ¡El estilo es el sistema, señor ministro! No me quedó más remedio que contestarle al indestructible defensor de las pequeñas naciones que si alguien lo cogía del cuello para robarle su cartera y alegaba la suerte de Bélgica para justificar su acto, sería difícil cerrar así el incidente.

Pero mientras que el capitán-investigador no ofreciese ninguna aclaración, el interrogante se mantenía planteado en toda su integridad: ¿quién ha hecho que se nos arreste y por qué? Que la orden de retener a emigrantes políticos con ideas divergentes de las del gobierno inglés hubiese venido de Londres estaba fuera de toda duda, pues Lloyd George no podía dejar escapar la ocasión de desplegar esa titánica energía que le ha servido para izarse al poder. Pero todavía queda pendiente una pregunta: ¿quién nos ha señalado a las autoridades anglocanadienses como merecedores del arresto? ¿Quién ha facilitado a Halifax, entre o cuatro días, un certificado de nuestro pensamiento político? Todo un cúmulo de circunstancias nos lleva a concluir que debemos ese servicio a la complacencia del cónsul ruso, el mismo que había retirado el retrato del emperador y borrado la palabra "imperial" de los membretes. Con una mano, nos tendía los documentos acreditativos y probaba su lealtad hacia un gobierno de amnistía, con la otra mano, transmitía informaciones secretas a las autoridades inglesas con la confianza de que su actividad en este sentido se demostraría llena de esperanzas.

¿Es justa esta suposición? ¡Dispone usted, señor ministro, de más posibilidades que yo! Pero, independientemente del hecho que mi suposición sea justa, independientemente de todas las particularidades de pasillo de este asunto, no deja de existir el hecho que las autoridades inglesas procedieron, en un barco neutral, al arresto de siete ciudadanos rusos y de dos niños que viajaban con papeles debidamente cumplimentados, en regla, que esas personas fueron retenidos un mes entero bajo condiciones indecentes, que fueron "liberadas" bajo tales circunstancias que constituyen un ultraje para las personas "liberadas" y para el gobierno que las hizo liberar. Son hechos irrecusables. Sin entrar en el dominio de las concepciones de política general y no saliendo del marco de mi observación, me queda solamente, pues, formular las siguientes preguntas:

¿No piensa usted, señor ministro, que es indispensable tomar las necesarias medidas para forzar al gobierno inglés a tratar, si no con respeto, al menos con el respeto del derecho elemental, a la gente, a emigrados rusos en territorio controlado por las autoridades inglesas?

¿No piensa usted que con ese objetivo es indispensable: a) hacer lo necesario para que el gobierno inglés presente excusas a sus víctimas; b) hacer lo necesario para los agentes ingleses responsables sean castigados, sea cual sea su grado; c) hacer lo necesario para que el gobierno inglés indemnice a las víctimas por la pérdida de sus bienes durante el registro y detención arbitrarios?

A mi llegada a Petrogrado conocí el comunicado oficial de la embajada inglesa respecto a mi arresto en Halifax. Sir Buchanan declaró que *estábamos provistos de subsidios por el gobierno alemán* y de un plan para derrocar al Gobierno Provisional.

Esta historia de dinero entregado por Alemania completa la intriga significativa del comportamiento inglés hacia los emigrados políticos rusos (hecha de violencia, mentiras y calumnias). ¿Cree usted, señor ministro, que está dentro de lo normal que Inglaterra esté representada por un personaje que usa calumnias tan vergonzosas?

Esperando su respuesta tengo el honor de asegurarle mis respetos.

Petrogrado, 5 de mayo de 1917
L. Trotsky

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es